

SERMON

PARA DAR PRINCIPIO

A LA DEVOCION DEL MES DE MARIA (1).

*In me gratia omnis viæ et veritatis, in
me omnis spes vitæ et virtutis.*

En mí está toda la gracia del camino
y de la verdad, en mí toda esperanza de
vida y de virtud.

Eccli. cap. XXIV, v. 25.

Devotos de María: Si alguna vez el orador sagrado tiene motivos de júbilo y satisfacción; si llega á penetrarse de su altísima misión entre los hombres, y si esta consideración no puede menos de turbar su lengua y arrancar lágrimas á sus ojos, nunca las razones son tan poderosas como las que militan al presente. ¿Cuál es el objeto de nuestra reunión bajo las bóvedas de este augusto santuario? ¿Qué impulso os ha movido á abandonar vuestros hogares y á acudir presurosos á este lugar santo? ¿Por qué vuestros rostros traen marcados signos de júbilo y de

(1) Habiéndose hecho tan popular la devoción del Mes de María ó Flores de Mayo, me ha parecido oportuno trasladar aquí este y el siguiente sermón de mi obra *Flores de María*, con los cuales se podrá dar principio y término á tan piadosa práctica.

alegría? ¿Por qué?... ¡Mas á qué pregunto! Todo cuanto me rodea, todo lo que mis ojos perciben en este instante, y esa preciosa imagen, y las flores que la adornan, y el suntuoso aparato con que habeis engalanado la casa del Señor, y vuestra asistencia á ella con tanta piedad y devoción, todo me revela que venís á cantar las alabanzas de la bienaventurada Madre del Salvador de la humanidad, de la Mujer sin par, de la ínclita Virgen de Judá, de cuyas benéficas manos recibieron en todo tiempo las criaturas grandes y extraordinarios beneficios.

Nada mas justo, M. A. O., que bendecir el nombre de aquella escogida criatura que, al par del divino Reparador de la estirpe culpable, sufrió grandes dolores, tormentos inesplicables y amarguras que esceden á toda ponderación, siendo en su calidad de Madre del Redentor, co-Redentora del linaje humano. Nada mas tierno que ver á un pueblo prosteronado ante esa bella criatura que despues de haber merecido ser Madre de Dios, fué constituida, en el monte de la Redención, Madre de los hombres: nada mas patético y sublime que ver á unos hijos cariñosos apiñados alrededor de su Madre, estendiendo hácia ella sus brazos y colmándola de bendiciones. ¡Cuánto debe ser nuestro júbilo al vernos congregados ante esa hermosa imagen de la que es nuestra Madre y tiene su trono en el Empíreo, inmediato al de su divino Hijo Jesús! Si bien es cierto que atravesamos un siglo de indiferentismo religioso, en el que la mayor parte de los hombres no reconocen otra felicidad que la de poseer bienes de fortuna y ocupar elevados puestos en el orden social, olvidados de que la gloria que ofrece el mundo es pasajera como

el humo, yo me regocijo al ver que vosotros, fieles hijos de la Iglesia, no habeis participado del general contagio, y fijando la vista en el cielo, en esa patria feliz por la que suspirais, tratais de acogeros bajo el manto de la Santísima Virgen, que es, como dice San Bernardino de Sena, el acueducto de las divinas misericordias. Sí, cristianos: María es el verdadero cinamomo y bálsamo aromático tras cuya fragancia corren las criaturas (1). Ella es la Madre del Amor Hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza (2): y tal es el amor que nos profesa y sus deseos de que acudamos á ella, que nos llama á sí diciéndonos: «Venid á mí todos los que me amais, y saciaos de mis frutos (3), porque en mí está toda la gracia del camino y de la verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud.»

Al inaugurar, pues, estos cultos que por espacio de un mes vamos á dedicar á la Santísima Virgen María, debo llamar vuestra atencion sobre los motivos que debemos tener presentes para hacer bien la devocion del mes de las Flores. No es ciertamente un culto vano el que la Señora aprecia, ni el que nos hará acreedores á su proteccion; es sí un culto nacido del corazon y fundado en la observancia de la ley de su divino Hijo. Esto supuesto, la materia sobre que versará el presente discurso, la propongo de este modo. A hacer bien y con verdadera devocion el mes de las Flores, nos obligan *motivos de amor* en torno

(1) Sicut cinnamomum, et balsamum aromatizans odorem dedi. Ecl. cap. XXIV, v. 20.

(2) Ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. Ibid. v. 24.

(3) Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini. Ibid. v. 25.

del que la Señora nos profesa, y *motivos de propia utilidad*, porque ella es el refugio de los pecadores y la dispensadora de las divinas misericordias. Así procuraré demostrarlo si el Señor mi ilumina con los auxilios de su divina gracia. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

He hecho una observacion, y estoy en el deber de esplicarla. Dije que un culto vano no es el que aprecia la Santísima Virgen, ni el que nos hace acreedores á su proteccion benéfica, sino un culto nacido del corazon y fundado en la observancia de la ley de su divino Hijo. Desde el momento en que abrimos los ojos á la luz del mundo, resuena en nuestros oidos el nombre hermoso de María: somos tiernos infantitos; nuestras piernas aun no han adquirido fortaleza para sostener nuestro cuerpo, y nuestras cariñosas madres, que nos llevan en sus brazos, al ver una imágen de la Soberana Emperatriz de los Serafines, llaman nuestra atencion, y señalando con sus dedos, nos dicen: Mira, hijo, la Virgen Santísima, es nuestra Madre; y si por ventura es una estampa, la acercan á nuestros lábios, entonces tan puros é inocentes, diciéndonos: «Besa, hijo, besa á la Virgen.» La razon no ha venido aun á disipar las tinieblas de la ignorancia en que nacemos envueltos, pero esto no obstante, parece que el corazon nos habla, y una sonrisa de alegría asoma en nuestros lábios al tiempo mismo que estendemos nuestras manos para estrechar aquella estampa cuyo significado aun ignoramos. ¡Cuán breves pasan aquellos dias de tan feliz inocencia! Crecemos en edad, entramos en el uso de la razon, y á cada paso oimos hablar de la

Santísima Virgen: sus imágenes las vemos en los templos, en las calles y en la mayor parte de las casas donde entramos: visitamos al enfermo, y oímos que invoca su nombre y demanda su amparo y protección: observamos una aflicción, y vemos que los que son víctimas de ella, claman socorro á María: fijamos la vista en el infeliz mendigo que implora la caridad pública, y no dejamos de notar que para mover los corazones invoca el nombre de María: y á cada paso oímos los ecos de criaturas agradecidas, que nos refieren algun beneficio extraordinario que recibieron de Dios, por haberse valido de la intercesion de la Santísima Virgen María. Gracias á la instruccion religiosa que recibimos, no tardamos en comprender que la que es Madre de Dios, es tambien Madre de pecadores, y nos sentimos movidos por un impulso interior á amarla; y observareis, mis hermanos, que será rarísimo el cristiano que al menos una vez al dia no la salute rezando una Salve ó la Oracion angélica.

Sentados estos principios, parece que todos los cristianos debian profesarle una devocion cordial, estudiando las virtudes que practicó durante su vida, tratando de imitarla en cuanto nos fuera posible: empero no sucede asi por desgracia en la mayor parte de los hijos de la Iglesia, y la consideracion de que es Madre y refugio de pecadores, auxilio de los cristianos, engendra en algunos una vana devocion: son muchos los que escudados con la devocion á la Virgen creen que no perecerán á pesar de observar una conducta la mas estragada y antievangélica, como si la Santísima Virgen pudiera ser protectora de los que por sus vicios y pecados renuevan á cada paso los tormentos y la muerte de su amadísimo Hijo

Jesus. Si bien María es Madre de pecadores, habeis de entender que es de pecadores arrepentidos que desean por su intercesion conseguir el perdon y la gracia, y con ella la amistad de Dios, y no de aquel obstinado pecador que, contento en el lugar de su ruina, no quiere apartarse de sus perversas costumbres. María ama á los que la aman: *Ego diligentes me diligo* (1). ¿Y podrá decir que ama á María el que desobedece á su Hijo, y continuamente le ofende por el pecado? De ningun modo; y los que pasan su vida en una aparente tranquilidad, creyendo que á pesar de sus relajadas costumbres, mas propias de paganos que de cristianos, se salvarán por la falsa devocion que profesan á la Santísima Virgen, viven en un error asaz funesto y lamentable. Lejos de complacerse la Señora de tal devocion, creo oírla esclamar con las sentidas palabras con que Jesucristo se quejaba de la falsa piedad de los escribas y fariseos: «Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaias, diciendo: Este pueblo me honra con sus lábios, mas el corazon de ellos, lejos está de mí (2).»

Necesario es, pues, mis hermanos, que si deseais que la Santísima Virgen acepte los obsequios que vais á tributarle por todo el presente mes, procureis acompañar á las espresiones de vuestros lábios, los afectos de vuestro corazon, reconciliándoos con su Santísimo Hijo en el tribunal de la penitencia, y coronando estos santos ejercicios con vuestra asistencia á la comunión general. ¡Oh, si así lo haceis, cuántos bienes habreis conseguido! Entonces si que nuestra bondadosísima Madre aceptará las flores que la

(1) Prov., cap. VIII, v. 17.

(2) Math., cap. XV, v. 7 y 8.

ofreceis, y en torno de ellas os colmará de bendiciones. Atended á que así debeis de hacerlo por motivo de amor, para pagar el que la Señora os profesa.

Y desde luego, ¿quién duda del amor de María para con las criaturas? Con solo considerar que es nuestra Madre, basta para hacernos comprender lo mucho que nos ama. «El amor de los hijos, dice San Alfonso de Ligorio, es un amor necesario (1); y esta es la razón, dice el mismo, porque, reflexiona Santo Tomás (2), en la divina ley se ha impuesto á los hijos precepto de amar á los padres; pero al contrario, no hay precepto espreso á los padres de amar á los hijos, porque el amor hácia los propios hijos es un amor infundido con tanta fuerza por la misma naturaleza, que hasta las fieras mas salvajes no pueden dejar de amar á sus hijos, como dice San Ambrosio (3).» Empero para vuestro convencimiento daremos algunas razones de este amor extraordinario que la Santísima Virgen María nos profesa.

Vosotros sabeis que esta purísima Señora fué adornada de todas las gracias y carismas celestiales: asociada á su divino Hijo en la obra de la Redención de la humanidad, fué, dice el Justiniano, el espejo perfectísimo de la pasión y muerte de Jesucristo. *Cor Mariæ clarissimum speculum fuit passionis Christi et perfecta mortis ejus imago* (4); siendo necesario, como afirma San Buenaventura, que en todo se hiciese semejante al Redentor, que se inmoló por la salud del mundo. Por esto padeció al lado de la víctima sa-

(1) Glorias de María, tom. I, cap. I, pár. 3.º

(2) Opusc., LX, cap. IV.

(3) Natura hoc bestiis infundit, ut catulos parvulos ament. Libro VI, Exam., cap. IV.

(4) Justin., lib. De Triunf. Christi agone.

grada, sufriendo en su corazón los mismos tormentos que Jesús en todo su cuerpo. Ahora bien, ¿quién fué el autor de los tormentos y la muerte de Jesucristo? El amor á las criaturas: luego no fué otro tampoco el autor de los dolores de su Madre. María estaba identificada, no solo en los mismos padecimientos, sino que también en los mismos sentimientos de su Hijo: amándonos, pues, Jesús hasta el extremo de dar su vida por nosotros, el corazón de María había de arder en el mismo amor hácia las criaturas; por lo que afirma Arnoldo Carnotense, en la muerte de Jesucristo, deseaba María con inmenso amor el morir por amor nuestro.

Hay mas: cuando el Salvador de la humanidad se hallaba pendiente de la cruz y próximo á exhalar su postrer aliento, nos dejó á su Madre por Madre de todos los mortales, para que así como Él era el Mediador único de propia autoridad y excelencia, interpuesto entre los hombres y su Eterno Padre, fuese Ella medianera de intercesión entre nosotros y su divino Hijo, y el conducto por donde se comunicasen á las criaturas las misericordias del Señor. No hay duda, mis hermanos, que al pronunciar el Salvador estas sublimes espresiones, *Hé ahí á tu hijo... Hé ahí á tu Madre*, impuso á la Santísima Virgen los deberes inherentes á la maternidad, y á nosotros las obligaciones que son propias de buenos hijos: ¿cuáles son, pues, los deberes de una Madre? No ignorais que el amar á sus hijos, educarlos en el temor de Dios, y dirigirlos por el camino del cielo. Y si á esto está obligada toda madre, con mucho mas motivo la Santísima Virgen, que es nuestra Madre, no carnal, sino espiritualmente ó de amor. Y esta Señora, Emperatriz

soberana de todos los serafines, que fué siempre tan exactísima en el cumplimiento de sus obligaciones todas, y tan obediente á los mandatos del Señor, que aceptó, por lo tanto, nuestra maternidad, ¿dejará de amarnos con un amor extraordinario, y de interesarse en nuestro favor? Sí, cristianos: María nos ama como á hijos de sus dolores, y este amor debe ser recompensado por los que nos gloriamos de ser sus hijos y pertenecerles. Motivo suficiente para que procureis hacer bien el mes de las Flores, desterrando de vuestros corazones todo amor impuro, todo afecto terreno que enfriar pueda vuestro amor á la Santísima Virgen, Reina del Amor Hermoso. Un amor tan puro, tan espiritual, tan sublime como el que María nos profesa, debe ser pagado ó recompensado con todo el amor de nuestro corazón. Nadie despues de Dios nos ama como María: á nadie, pues, despues de Dios, debemos nosotros amar como á María.

Empero si este, como hemos dicho, es un motivo para que procuremos practicar bien la devoción del mes de Mayo, también hay otros motivos de propia utilidad, toda vez que Ella es el Refugio de los pecadores y la Dispensadora de las divinas misericordias.

Y á la verdad, mis hermanos, que si fijamos nuestra consideración en la multitud de peligros que nos rodean en el mundo en que habitamos, no podremos menos de temer por nuestra salvación: el mundo con sus pompas y vanidades, con sus peligrosos atractivos, trata de seducirnos; y el demonio, enemigo irreconciliable del cristiano, se vale de esos mismos atractivos para aprisionarnos en sus inicuas redes y perdernos; y nuestras propias pasiones, que sostienen una guerra continua contra nuestro espíritu, todo conspira

contra el hombre. Y siendo esta una verdad clara á todas luces, ¿no necesitaremos de una mano amiga y generosa que nos proteja y nos ampare? ¿Y quién mejor que la Santísima Virgen podrá desempeñar este oficio en favor nuestro? Así lo reconoció siempre la Iglesia, y por esta razón los fieles, sin que por ello defraudasen los derechos de la Divinidad, acudieron á María esperando por su protección librarse de las sugestiones del enemigo de nuestras almas salir ilesos de en medio de los peligros del mundo, conseguir el alivio en sus necesidades, y el consuelo en sus aflicciones: ved aquí por qué, llenos de la mayor confianza, la llamamos en nuestro favor diciéndole: «Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.»

¿Y quién duda que el Señor está siempre dispuesto á dispensarnos sus misericordias y bondades por la intercesión de la Beatísima Señora? El Padre San Bernardo habla admirablemente del poder que ha sido dado por Dios á esta purísima Virgen, y nos dice que Ella es la Escala de los pobres pecadores por la que pueden esperar subir al cielo: por esto, dice, tengo puesta en Ella toda mi confianza, en Ella toda mi esperanza, porque estoy cierto de que si yo la ruego ha de oirme, y si ruega por mí ha de ser oída. Yo confieso, mis hermanos, que estas bellísimas frases, y otras con las que los demás padres y escritores sagrados cantan el poder de la Santísima Virgen, exhortándonos á fundar en Ella, despues de Dios, nuestra esperanza, alegran mi alma, me llenan de regocijo y me hacen conocer cuán grande es nuestra dicha y felicidad, al tener en el cielo una Madre tan benéfica, tan llena de bondad, tan deseosa de nuestra salvación,

y tan llena de poder; pues que, segun la valiente y enérgica espresion del Damiano, acude al trono de Dios, no como quien ruega, sino como quien manda; no como sierva, sino como Señora: *Accedit non solum rogans, sed imperans; non ancilla, sed domina.*

Ya veis, devotos de María, cuánto nos interesa la proteccion de la Santísima Virgen: somos pecadores; hemos veces mil quebrantado la ley de su Divino Hijo, dando oídos á las seductoras voces de un mundo corrompido; hemos seguido el camino de la maldad, saltando de precipicio en precipicio. Tal vez los ruegos de esta cariñosa Madre habrán sido causa de que no hayamos muerto repentinamente y nos hayamos condenado. ¿Quereis haceros acreedores á que no os falte jamás su proteccion? ¿Deseais que en adelante no os aprisione de nuevo el tenaz enemigo de nuestra salvacion? Pues amadla cordialmente é invocad su nombre, toda vez que su hermoso y bendito nombre ahuyenta á los demonios, como reveló la misma Señora á su sierva Santa Brígida: *Omnes daemones audito nomine meo efugiunt.* ¡Qué copia de razones mas poderosas para que procureis hacer bien la devocion que hoy empezamos de las Flores de María! Como habeis visto demostrado, á ello nos obligan motivos de amor en torno del que la Señora nos profesa, y motivos de propia utilidad, porque Ella es Refugio de los pecadores y Dispensadora de las divinas misericordias. Venís á ofrecerle vuestras flores, y no debeis olvidaros que sus flores son frutos de honor y de honestidad: *Flores mei fructus honoris et honestatis* (1). Unid, pues, á vuestra fé, á vuestra

(1) Eccli. cap. XXIV, v. 23.

devocion, el mérito de vuestras obras, y llegaos á María con un corazon limpio, y este será el medio de que acepte vuestras flores. Si así lo haceis, la Señora recibirá benigna vuestros obsequios, y os hareis dignos de su proteccion, con la cual venceréis á todos vuestros contrarios, consiguiendo por su mediacion poderosa, la salud y vida de vuestras almas.

Sí, Virgen Purísima y amadísima Madre nuestra: nosotros os ofrecemos nuestros corazones, y os suplicamos que os digneis aceptar, con vuestra gran bondad, los obsequios que os tributaremos en todo el presente mes que dedicamos á cantar vuestras alabanzas: aunque miserables pecadores, somos hijos vuestros; y una Madre tan llena de bondad como sois Vos, no puede desatender á los clamores de sus hijos: escuchad, pues, los nuestros, reducidos á que nos defendais y nos ampareis en este valle de lágrimas y de miserias: volved, Señora, hácia nosotros esos vuestros ojos misericordiosos; compadeceos al ver nuestra miseria y los escollos y peligros de que estamos rodeados: conocemos la ternura de vuestro maternal corazon, y el poder de intercesion que de Dios habeis recibido: usadlo, pues, en nuestro favor, alcanzándonos el perdon de nuestras culpas, y la gracia de que hemos menester, á fin de que viviendo santamente, y siendo asistidos por Vos en nuestros últimos instantes, tengamos la dicha de que nuestra muerte sea preciosa en los ojos del Señor y el principio de nuestra vida perdurable en la gloria. Amen.